

Heredia, poeta de hielo

El alto río de Heredia huye sobre el cauce que él mismo hiela; pasa, como desasido de la sensibilidad, por encima de ella, más arriba de ella, buscando nevadas regiones de la inteligencia, dorados espacios del espíritu.

Sus sonetos, levantadas torres de helénica hermosura, contienen, doblemente cóncavos, la encantada belleza de una isla remota y la pura armonía de un extraño lenguaje; un duro viento tiránico, ecuatorial de su obra, una consistente, continua y acendrada voluntad de perfección helada, ciñe cada soneto. Hay una sombra del verso sobre una superficie que, sin ella, sería límpida. Hay una persistente elación de elocuencia en cada estrofa que, sin ella, sería belleza simplemente, lograda belleza.

Atento a la naturaleza, extasiado en cada uno de sus aspectos y movimientos, con ella confundido, sólo canta de ella, sin embargo, lo que es esplendor y es fuerza, lo que hay en ella de creación y renacimiento, de aliento y vida. Minuciosamente culto, lujosamente erudito, Heredia se fuga del medio y del tiempo, se ciega voluntariamente al presente de su vida, aprieta las pupilas ante el dolor o la miseria, la incertidumbre, el amor o la angustia; estas calidades se hallan muy lejos de su obra; vuelto hacia el paganismo, goza, discípulo de otro tiempo, con la enseñanza diáfana de Grecia, con la orgullosa lección romana o la humilde gracia evangélica. Como destronado de su tiempo, el paganismo alarga en él su imperio de fuego, viva península.

Lo que así logra y gana en cultura, en sereno dominio, lo pierde en propia personalidad, secada la corriente emotiva,

limitada la propia inteligencia, suelto el temperamento de su raíz más recóndita. Los rasgos de su fisonomía literaria toman así prestadas líneas, contornos remotos, trazos antiguos aunque deslumbradores, y estas notas son las que van a caracterizar precisamente su propia obra, su vigoroso soneto.

Artífice impecable, minucioso arquitecto, obrero cuidadoso, alza lentamente, repujadamente, cada una de sus estrofas, cada uno de sus resonantes versos, como si estuviera levantando un peso formidable con sus hombros más poderosos todavía. El tiempo, la paciencia, la ausencia de emoción, el cálculo, pulen cada celdilla, ajustan cada engaste, pasan su pátina de nieve sobre cada nudo, sobre cada liviana imperfección. Y así surge el soneto, torneado como el casco de un barco por la constante obra del agua, como él reluciente, pulido, terso en su extraordinaria superficie, resonante a fuerza de roce. La rima va perdiendo de este modo su desagradable carácter retórico, llegando a formar carne del poema, parte de su propia entraña, haciendo alejar su sombra indeseada, convertida en sustancia esencial.

Cuando, para empezar su obra, evoca la lejana existencia pagana, encantada en el halo de su propio verso sonoro, es él mismo, el poeta, quien mira a sus contemporáneos indiferentes ante el derrumbe del cielo caído, de las deidades arrojadas, y se vuelve para llorar —¡única vez!—, unido con el océano, la desaparición de las creaciones marinas.

EL OLVIDO

*El templo antiguo yace derruido en la altura.
Allí mezcló la muerte, sobre míticas losas,
los bronces y los mármoles de héroes y de diosas,
cuya gloria entre hiedras halló su sepultura.*

*Sólo un pastor a veces, bajo la noche oscura,
estremeciendo el éter y las cumbres borrosas
con su concha que esparce cadencias armoniosas,
sobre el azul sin fondo recorta su figura.*

*La Tierra, que en los Dioses de antaño aún espera,
sobre los capiteles que duermen olvidados
reverdece un acanto en cada primavera.*

*Y el hombre, hoy sin los sueños de sus antepasados,
escucha indiferente, en las noches serenas,
al mar estremecido llorar por sus Sirenas.*

Este añorar el olímpico pasado, tratando de hacerlo renacer en su obra, es, sin duda, la tendencia más característica de la poesía herediana; por la resonante pista de sus sonetos pasa un tropel de centauros en fuga, una extraviada comitiva de ninfas, Pan con su flauta mágica, con una constelación mitológica al fondo.

NESO

*Cuando libre vivía en la espesura austera,
sin buscar otra suerte, cual viven mis hermanos,
eran mi único imperio los montes y los llanos
de Tesalia y sus fuentes refrescaban mi espera.*

*Recorrí, alegre y bello, la cumbre y la pradera.
Sólo, bajo las noches de asfixiantes veranos,
las yegadas de Epiro con relinchos lejanos
inquietaban a veces mi sueño y mi carrera.*

*Mas, después de haber visto a la hija de Eneo
en brazos del Arquero de Estinfalia, el deseo
crispa mi crin revuelta y mi mente alucina.*

*Porque un Dios que maldigo, poderoso y astuto,
unió en mi sangre ardiente el instinto del bruto
con el amor funesto que a los hombres domina.*

LA HUIDA DE LOS CENTAUROS

*A la carrera huyen hacia la oscura cuesta,
sedientos de combate, de muerte y rebelión;
los precipita el miedo a una fuga funesta
y miran en la cumbre las huellas de un león.*

*Sin detenerse nunca, bajan a la floresta,
suben a las montañas y al lejano peñón
y ya sobre el espacio se destaca la cresta
del Osa, del Olimpo o del negro Pelión.*

*Uno de los Centauros de la veloz manada
de pronto se encabrita y vuelve su mirada,
pero de un ágil salto se une a los fugitivos;*

*Porque al volverse ha visto que la luna serena
alarga detrás de ellos con sus rayos furtivos
la gigantesca sombra de Hércules en la arena.*

La presencia de los motivos helenos es constante; cuando desciende de aquella elocuente altura, del rígido tema del centauro, su penumbra llega a la dulce sombra de Pan, al gracioso coro de las ninfas.

LA NINFA

*Desciende ya la olímpica cuadriga hacia el Poniente
y, dejando en las sombras la occidental arena,
con su cuádruple brida en vano el Dios refrena
sus corceles en medio del oro incandescente.*

*Huye el celeste carro.. Con su aliento potente
el mar nubla el espacio que la púrpura llena
y, surgiendo en el fondo de la noche serena,
se argentan en silencio las luces del creciente.*

*A esta hora la Ninfa, cerca del fresco río,
abandona su arco junto al carcaj vacío.
Todo enmudece. Un siervo huye por las montañas.*

*Ilumina el crepúsculo la danza vespertina
y Pan, cambiando el ritmo de su flauta divina,
ríe al ver que su música estremece las cañas.*

PAN

*A través de altos bosques, por frondosas pendientes
que en su espesura esconden un oculto camino,
se desliza en silencio el Cazador divino
de las Ninfas desnudas, con los ojos ardientes.*

*Suben ruidos y cantos de las lejanas fuentes
y de las claras selvas cuando un sol repentino
—vencedor rutilante del cielo matutino—
lanza en la noche móvil sus saetas lucientes.*

*Una ninfa extraviada se detiene en la senda
y oye bajar el alba como olímpica ofrenda;
todo su sér embriagan efluvios amorosos.*

*El Dios de un solo salto se lanza, la aprisiona,
hace temblar los aires con su risa burlona,
y se pierde en los bosques otra vez silenciosos.*

Una revivida mitología cruza, centelleante, las estrofas glaciales del poeta francés, haciendo aparecer de nuevo en una literatura entonces atenta al pulso de sus propias manifestaciones, enfrentada casi en su totalidad a parciales renacimientos, a nuevas formas de contemplación, los más legendarios enigmas, los más radiantes semidioses, los héroes más deslumbrantes de todo el ciclo mitológico griego.

ANDROMEDA ANTE EL MONSTRUO

*Aún viva la Virgen hija de Casiopea,
en la más alta roca de las islas atada,
en vano se lamenta con voz desesperada
retorciendo su cuerpo que la tarde platea.*

*El monstruoso Océano que el temporal orea
escupe en torno suyo su oscura marejada,
y a sus pies la princesa con inquieta mirada
ve abrirse el glauco abismo de la móvil marea.*

*Cual trueno sin relámpago en una noche pura,
se oye de pronto un claro relincho entre la altura.
Abre sus negros ojos y el terror los asombra;*

*porque ha visto a Pegaso que en su rápido vuelo
con el hijo de Júpiter bajo del hondo cielo
y sobre el mar proyecta su inconfundible sombra.*

PERSEO Y ANDROMEDA

*En medio de la espuma deteniendo su vuelo
el fuerte Caballero vencedor de Medusa
—bajo la luz efímera de la tarde difusa—
lleva a la rubia Virgen entre el azul del cielo.*

*Sobre el corcel divino que huyó del duro suelo
y que seguir su rumbo un instante rehusa,
confió a la bella amada que extasiada y confusa
aún sollozando ríe con amoroso anhelo.*

*Entre el aire se besan. La niebla los circunda.
Ella sube a la grupa —sólo atenta a su viaje—
sus bellos pies que besa una onda vagabunda.*

*Y al escuchar Pegaso el impaciente ruego
del Héroe se remonta golpeando el oleaje
y estremece el espacio con sus alas de fuego.*

EL RAPTO DE ANDROMEDA

*En vuelo silencioso, el gran Caballo alado
que huyendo de la tierra sobre lo azul se esfuma,
los lleva suavemente con un temblor de pluma
atravesando el viento y el éter estrellado.*

*Dejan atrás el Africa.... un desierto dorado....
El Asia.... un bosque.... el Líbano cubierto por su bruma....
Y de pronto aparece, todo blanco de espuma,
el siniestro Helesponto de oleaje encrespado.*



*Risa el viento a Pegaso las alas, semejantes
a dos inmensas velas, que para los Amantes
forman, entrelazadas, un lecho en el vacío.*

*Y, contemplando absortos el cielo solitario,
miran surgir, radiantes, del Aries al Acuario,
sus lejanas estrellas entre lo Azul sombrío.*

Hasta el sentimiento religioso del corazón helénico, impregnado de encanto supraterrrestre y de heroico elemento, se agita en el alma de Heredia, convertido, a golpes de razón, en el sobreviviente de una estirpe extinguida, paladín de una literatura hermosa pero muerta, náufrago de su propio temperamento.

LA FUENTE

*Sepulto yace el templo bajo el césped dormido,
y la fuente sin nombre que cae gota a gota
llena el desierto valle con su fúnebre nota.
Es la Ninfa que llora un eternal olvido.*

*Aquel espejo inútil es sólo estremecido
por la paloma errante que con su ala lo azota.
Allí a veces la luna desde su altura ignota
refleja todavía su rostro entristecido.*

*Allí su sed apaga, cuando pasa, el boyero.
Bebe, y sobre la losa del antiguo sendero
vierte un poco del agua que quedaba en su mano;*

*siguiendo, sin quererlo, el rito laudatorio,
sin que sus ojos vieran sobre el cipo romano
al lado de la pátera el vaso libatorio.*

Es el lamento no sólo por los dioses derribados sino por la ceremonia pagana, el rito falso pero elocuente, el aparato ritual de la adoración griega o egipcia. Todo allí, la fuente, la paloma y la luna, llora, con el poeta, la desaparición de

aquellas remotas bellezas; sólo el hombre contemporáneo, rudo boyero, mancha sacrílegamente el marchito esplendor de la etapa gloriosa, indiferente a todo cuanto pueda recordársela.

Pero esta misma manera de ver su panorama poético, esta concepción del verso y del arte se halla tan fuera del mismo Heredia, tan lejana de su sangre y de su voz, que, con la misma facilidad, con la misma fuerza de creador renacentista, evoca, también ficticiamente, la suave gracia bíblica o la batalla romana; aquélla aparece desvirtuada, crucificada en el soneto, exaltada en tono casi oratorio, falsificada su inimitable sencillez:

EPIFANIA

*Así Melchor, Gaspar y Baltasar, los Santos
Reyes Magos, cargados de preciosos metales,
avanzan en sus grandes camellos orientales,
cual van en las imágenes, envueltos en sus mantos.*

*Llevan sus homenajes de místicos encantos
al Niño que ha nacido para curar los males
que sufren aquí abajo los hombres y animales
sumidos en sus penas y anegados en llantos.*

*Entre el Buey y la Mula, cerca a un pastor robusto,
con humildad se quitan sus coronas y mantos
saludando al Dios-Niño que han venido a adorar.*

*Así un día llegaron, bajo César Augusto,
con el oro, el incienso y la mirra, los Santos
Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar.*

La actualización, en su época, de la dominación romana es, aunque menos que la griega, una continuada energía a todo lo largo del libro de Heredia. A veces se vuelve hacia la paz bucólica, elegante caricatura virgiliana, que logra, en virtud de la nobleza expresiva que subyuga siempre en el poeta francés, divinos relieves, plásticas iluminaciones.

EL PASTOR

*No sigas, oh pastor, por esta serranía
las huellas de tu cabro; es mejor que reposes.
A estas cumbres del Ménalo, que tú aún desconoces,
la noche llega pronto y es vana tu osadía.*

*Tengo vinos y frutas. Esperemos el día
en este ignoto asilo. Pero apaga tus voces.
Por doquiera, ¡oh Mnasylo! nos acechan los dioses
y con su ojo divino ya Diana nos espía.*

*En aquel antro oscuro que la roca defiende
el Sático se oculta; ya la noche se extiende
y saldrá si no llegan a él nuestras palabras.*

*¿No oyes el caramillo que suena en el invierno?
¡Es él! Entre las sombras brilla su doble cuerno
y ante la luna inmóvil hace danzar mis cabras.*

EL NAUFRAGO

*Con los vientos en popa, sobre un mar cristalino,
viendo perderse a Faros desde la arboladura,
partió del alto Egipto bajo una tarde pura
en su bronceína nave de casco adamantino.*

*No volverá a ser nunca su puerto Alejandrino.
En la desierta arena, sin fauna ni verdura,
cavaron las tormentas su triste sepultura.
Allí azotan los vientos un arbusto marino.*

*En el más hondo pliegue de la revuelta duna,
bajo la sorda noche sin estrellas ni luna,
halló descanso el naufrago de la barca velera.*

*¡Piedad, oh mar, oh tierra, para su sombra ansiosa!
En torno de la helénica orilla en que reposa,
sedle, oh Mar, silencioso; sedle, oh Tierra, ligera.*

Otras veces no es ya la leve sombra geórgica, la abierta latitud pastoril o la llegada de la brisa del mar, sino el equívoco amanecer del combate, la sangrienta conquista, el férreo paisaje de la guerra o el clima dorado de la voluptuosidad ensartado entre los mástiles guerreros.

EL TREBIA

*Luz de siniestro día resplandece en la altura.
Los campos se despiertan. En el río rugiente,
los escuadrones Númidas beben ávidamente.
Los caracoles bélicos dan su llamada pura.*

*Porque a pesar del rito que desgracias augura,
de Escipión y del Trebia que ensancha su corriente,
Sempronio —ya orgulloso de su gloria reciente—
el ataque funesto febrilmente apresura.*

*Enrojeciendo el aire con lúgubres reflejos,
las torres de lo Insubros ardían a lo lejos;
se escuchaba en la noche bramar un elefante.*

*Y bajo el rudo puente, ya cubierto de escarcha,
estaba oyendo Aníbal, pensativo y triunfante,
el sordo movimiento de las huestes en marcha.*

ANTONIO Y CLEOPATRA

*Contemplaban los dos cómo dormía
el claro Egipto bajo el cielo ardiente
y cómo hacia Bubastis lentamente
desembocaba el Nilo en la bahía.*

*En su coraza el adalid sentía,
cómo a través de un sueño transparente,
desfallecer sumiso y atrayente
el cuerpo voluptuoso que ceñía.*

*Volviendo ella su rostro enamorado,
tendía con pasión sus labios rojos
y sus claras pupilas traicioneras.*

*Y sobre ella el Guerrero enajenado
contemplaba en el fondo de sus ojos
otro mar en que huían las galeras.*

Pero sin lugar a duda, el más parnasiano de los sonetos de Heredia es "El Estoque", que muchos críticos consideran como el más perfecto de los "Troveos".

EL ESTOQUE

*Calixto, Papa, dice sobre la empuñadura.
La tiara y el trasmallo, las llaves y la barca,
en suntuoso relieve que el viejo escudo enmarca,
se unen al Buey heráldico sobre la plancha pura.*

*En el losange un Fauno de grotesca figura
sonríe entre las hiedras de florida comarca,
y el metal es tan claro, cuando su hoja se enarca,
que, más de lo que hiere, el estoque fulgura.*

*Maese Antonio Pérez forjó para el primero
de los Borgias un día este labrado acero,
como si presintiera su linaje preclaro.*

*Y describe a Alejandro y a César esta espada
—con su puño de oro y su hoja bien templada—
mejor que en sus poemas Ariosto y Sannazaro.*

Mas siempre una tibia vena española dora su piel pagana; su lejana isla, como una perdida sirena, revive en su canto y, presente isla de su sangre, le llama con su ardida y tumultuosa voz a través de los mares, a través del ancho río de la lengua francesa. Subiendo la corriente de su propio origen, llega a la conquista española y, más allá, a los primeros viajes de los conquistadores, a las empresas aventureras del siglo XV.

LOS CONQUISTADORES

*Cual vuelan los halcones de sus antros natales
a buscar otras presas tras ignotas colinas,
partieron desde Palos las naves colombinas
con sus guerreros ebrios de nuevos ideales.*

*Iban a conquistar los preciosos metales
que ocultaba Cipango en sus lejanas minas
e inclinaban sus mástiles las ráfagas marinas
hacia los misteriosos mundos occidentales.*

*Cada tarde, en espera de combates ansiados,
los ponientes del Trópico llenaban sus visiones
de fantásticos sueños y espejismos dorados.*

*O, desde el alta proa de las embarcaciones,
miraban ascender a cielos ignorados
del fondo de los mares nuevas constelaciones.*

El soneto herediano es siempre exacto, minuciosamente inteligente, medido en todas sus posibles resonancias. La delgada niebla poética que invade, londinense, la dulce región verleniana, el sueño intangible, la poesía en fuga de Rimbaud, la sutil transparencia o el doloroso sacudimiento baudelairiano no tienen cabida en los "Troveos"; aquí todo es buscada sonoridad, la línea perfeccionada y corregida, la destreza máxima de la contextura, fruto de riqueza lingüística, en los catorce ríos detenidos, en la dorada superficie.

MEDALLA ANTIGUA

*Acendra aún el Etna la púrpura del vino
con que embriaga a Teócrito la Erígona maldita;
pero aquella belleza en sus versos descrita
ya para sus hermosas no reserva el Destino.*

*Perdiendo la pureza de su perfil divino,
Aretusa, ya esclava, ya amada favorita,
unió en su sangre joven, donde Grecia palpita,
el furor sarraceno y el orgullo angevino.*

*Todo lo acaba el tiempo. El mármol se deshace...
Agrigento perece y Siracusa yace
bajo la azul mortaja de un cielo en agonía.*

*Sólo el metal, labrado con amor y destreza,
conserva en sus medallas, intactas todavía,
las sicilianas vírgenes en su inmortal belleza.*

EL VASO

*Representa, en relieve, el marfil cincelado
las florestas de Cólquide, y en el revuelto Euxino
a Jasón y Medea; el áureo vellocino
resplandece en la cima de un pedestal dorado.*

*Fuente inmortal, el Nilo se desliza a su lado
por el desierto. Lejos, ebrias de un dulce vino,
las Bacantes con gajos de pámpano divino
enguirñaldan el yugo que unce al toro domado.*

*Debajo está un combate de antiguos caballeros,
los Héroes que retornan muertos en sus escudos
y vírgenes que lloran ante los mensajeros.*

*Y, arqueándose en asas sobre el marfil redondo,
sostenidas apenas en sus senos desnudos,
beben cuatro Quimeras en el vaso sin fondo.*

Por su obra, Heredia no es francés ni es cubano. Lanzado a la conquista de la historia, domina sus pasados reinos y nos la devuelve, embellecida, en sus espejos limitados; de la misma manera, parece sorberse el universo, el mundo deslumbrante, con sus ojos abiertos a plena luz. La noche jamás aparece sobre su espacio de fuego; parece que el poeta sólo hubiera vivido de día. Tampoco la mujer, su voluptuosa presencia o su ausencia nostálgica, atraviesa su canto. Sólo en uno de sus sonetos el recuerdo parece dominar su mente y surgir, por entre las grietas del poema arquitectónico, emotivo y lejano, con su insistente llamada amorosa.



LA CONCHA

*¿Por cuáles fríos mares, desde qué azul verano
(quién podrá precisar lo, ¡oh concha nacarada!)
la lluvia, las corrientes, la turbia marejada
te arrastraron al fondo de su abismo y su arcano?*

*Hoy, bajo el cielo, lejos del oleaje ufano,
formaste un dulce lecho en la arena dorada.
Mas en vano te alejas. Lenta y desesperada,
en ti solloza siempre la voz del oceano.*

*Mi espíritu tornóse una prisión sonora;
y, como entre tus pliegues suspira, sube y llora
la queja prolongada del antiguo rumor,*

*así en lo más profundo del corazón amante
que llena su recuerdo, sordo, lento, incesante,
en mí crece el remoto y angustiado clamor.*

Heredia no sueña; Heredia no canta; los golpes de su voz no responden a los delirantes golpes de la sangre; la cálida respiración humana no levanta la piel de sus poemas; la pasión dolorosa, la angustia, la espera lenta, la enajenación, no forman, en su obra, ese cerco de emoción, límite de la sangre, fronterizo de la más íntima realidad del hombre, que circunda, envolvente y misterioso, las más altas creaciones de la literatura universal.

Espejo helénico, su voz lleva un rumbo distinto de sus venas. Como un gigantesco iceberg de la poesía, su soneto de hielo no alcanza a refractar la luz humana ni por él pasa la desordenada corriente que azotara su región nativa ni aún la leve brisa emocional que, en su tiempo, estremecía a toda una juventud francesa.

El sentido de su obra limita consigo misma, su significado no va más allá de los catorce versos del soneto, su contenido poético coincide exactamente, geoméricamente, con la medida de su verso, con la expresión natural de su palabra. Sin sugerir jamás, el lector de Heredia no debe crear nada;

ha de ser un lector obediente, pasivo, sumiso, llevado de la mano fría del poeta; no debe desviarse en manera alguna por "florestas de símbolos", no debe perseguir con angustiosa mirada la niebla que huye ni, en su duro río, lanzar miradas exploradoras; lo que se quiso decir, quedó dicho y más allá del verso, más allá de la superficie del soneto, sólo se encuentra la región del vacío.

Nacido en Cuba, en mil ochocientos cuarenta y dos, hizo, a la inversa, el viaje de los conquistadores que él mismo cantara, atraído, más allá del océano, por desconocidas constelaciones poéticas. Sólo una vez volvió a su tierra natal aquel nieto de los aventureros españoles, para regresar sin demora a Francia, su patria espiritual, en donde murió cuando comenzaba el siglo.

Capitán del parnaso, su obra resume cuantas bellezas y limitaciones acumuló su escuela. Como lo dijo Anatole France, "Heredia se hizo notable por la deslumbradora plenitud de su estilo y ninguno de los parnasianos llevó tan lejos como él el cuidado de la perfección plástica".

Heredero de Leconte de Lisle, su temática está por fuera de él mismo, distanciada de su persona, en el desenvolvimiento del mundo exterior, en la historia o en la naturaleza.

Por esto, la personalidad adquirida por Heredia es personalidad literaria y no humana; obras ajenas, más o menos remotas, han modelado su propia estructura poética, al contrario de lo que sucede en los más grandes poetas, en los cuales una fija y constante personalidad, de carácter indeleble, modela la propia obra, dándole el tinte, el color, el matiz, el ambiente del propio temperamento. Este, desentrañado de la vida, sacado de la vital experiencia, ha de predominar siempre, intacto, de indefinible sello. Y no es que en la tendencia poética de Heredia no puedan caber aquellos dominios, aquellas inefables marcas del espíritu y de la vida. Puede la obra ser alegre o profunda, ligera o desolada, el hombre ante el caos universal o el frágil poemilla laudatorio; hay en todos aquellos territorios, poetas (Verlaine o Baudelaire, Racine o Ronsard, Hugo o Musset, Mallarmé o Claudel) que imponen su temperamento, libre de las analogías literarias, por encima del verso o de la estrofa, casi

desligado de influencias o filtradas éstas, detenidamente, en la inteligencia y la sensibilidad creadoras. Y así, tras estas observaciones, vemos blanca la personalidad de Heredia o, más exactamente, vemos su obra sin mancha de personalidad, libertada de la propia sangre, suelta de todo subfondo cordial, intocada de humano clamor.

No da, pues, la poesía herediana la exacta medida de la poesía; sus elementos forman, precisamente, lo que hay de circunstancial, lo único aleatorio, el calor sólo que rodea la llama poética; entrelazados y sumados al fuego inicial, podrían dar a la poesía una más alta perfección, un equilibrio más justo y armonioso, un todo más completo, una creación artística de más cabal significado. Pero, midiendo la ausencia de la poesía por la misma presencia de aquellas formas, creemos que el más característico estremecimiento poético no pudo ser aprisionado por Heredia. ¿Y no será aquello, intangible patria del sueño, huidiza presencia de la poesía, modeladora niebla apenas, emoción de insospechadas resonancias, eco de música e inteligencia, lo que es verdaderamente esencial, necesariamente imperdecero...?

Hay calidades, tonos, matices que, no traducibles, escapan de las heladas formas o que, por el contrario, con una distinta concepción, se convierten en perfume circundante, eco de sí mismos en la abierta roca de la página, misterioso efluvio emocional, cálida sombra de todo un libro.

Si la poesía es una indefinible atmósfera, una inefable latitud de la expresión, un continente no descubierto pero presentido, intuído en el mapa de lo ignorado, una cálida presencia, algo que rodea los objetos y al mismo tiempo emana de su misma naturaleza, algo que los aleja de nosotros envolviéndolos en su delicada niebla y al mismo tiempo los aproxima a nuestro conocimiento dándonos la sensación, la inteligibilidad, la afinidad que antes permanecieran ocultas; si no es sólo la poesía ese espontáneo caudal que caracterizó y limitó determinadas zonas anteriores ni es aquella familiar confianza que populariza íntimos sentimentalismos; si es la poesía, sobre todo, una fuga perpetua, el misterio de lo trascendente, el impreciso territorio de lo sugerido, el pávido reino del temor inexpreso, el doloroso clamor, la

inteligente visión de un doble universo, si ello es así, José María de Heredia jamás logró una cabal gustación poética, el insospechado recinto, la maravillosa elación de la poesía.

Tan lejos está de ella el cantor popular, el vate tumultuoso, el espontáneo soñador, como el lector helado en su lectura, desasido de toda ligadura emocional que, bajo la equívoca apariencia del verso, quiere dar, sin lograrlo, la mágica esencia; faltarán en aquél la medida, la distinción, finura, tacto con que únicamente la cultura y la ascendrada recepción de la inteligencia pueden colorar la obra de arte; faltará a éste todo el horizonte de la aventura interior, la voz de la desesperación o el goce inaudito, la arcana presencia de lo suprasensible que logran sólo el contacto directo con el humano devenir, la crucifixión de la angustia, el pasmo de la experiencia vital, la enamorada creación del mundo, el amoroso sueño, la febril intuición.

Como nos atrae en Baudelaire su visión atormentada de la existencia, su rebelde acento, su inteligente caos, su sensibilidad de sátiro abierta a todos los matices y perfumes del universo, y nos embruja en Verlaine su gris nostalgia, su apenumbada soledad, su opaca tristeza, su desengaño sin color, puede herirnos la apasionada labor de Mallarmé al crear un nuevo horizonte de palabras, libres de toda impureza, en donde, plano a plano, espacio a espacio, ha ido quedando aprisionado el sueño poético. Otro tanto diríamos de la realizada experiencia de Rilke, amurallado en su soledad, de la ingenua creación de Jammes o de la bíblica escala, levantada en alegorías, de Paul Claudel. En todos ellos, algo humano, intrínsecamente necesario a la naturaleza del hombre, continuo en la especie, forma el aliento mismo del canto, su insospechada verdad. Y ello es lo que no podemos hallar en el poeta cubano. Una bella retórica, una sutil arquitectura, un hermoso contorno, una línea elegante forman, en él, lo único esencial, lo único que, dominando en todos sus poemas, constituye la base de su estética, el interno resorte de su obra, su contribución a la poesía, la visible armadura de su soneto (1).

ANDRES HOLGUIN

(1) Las traducciones de "Trofeos" son obra del propio autor del anterior notable estudio.